

ASIA Y ÁFRICA ACTUALES

## **SOBRE LOS LÍMITES DE LA REFORMA POLÍTICA EN CHINA**

ROMER CORNEJO BUSTAMANTE

*El Colegio de México*

DOS DE LOS EJES FUNDAMENTALES de la revolución que llevó al poder al partido comunista en China fueron la inoperancia de la estructura agraria tradicional, que produjo insostenibles niveles de desigualdad y miseria, así como la amenaza de la integridad del país. Éstos fueron los problemas inmediatamente atendidos, y en su solución se basó precisamente la legitimidad del partido en sus primeros años en el poder. El partido instituyó un verdadero Estado nacional unificado y por medio de una política de nacionalización y de reforma agraria, primero, y de colectivización después, fue dando solución a las grandes disparidades de ingresos que tenía el país, logrando uno de los más altos grados de igualitarismo económico conocidos. Paralelamente, una política de industrialización (con acento en la industria pesada) dotó al país de una base económica medianamente fuerte que permitió a una de las tendencias políticas en el poder mantener un relativo aislamiento del mercado mundial. Durante este proceso afloraron diversas tendencias políticas en el partido que se han traducido en luchas de y por el poder, que en algunos casos tuvieron eco en movimientos urbanos de masas. Sin embargo, hasta fines de la década de los sesenta la legitimidad del sistema parecía incuestionable; por una parte los logros en el igualitarismo económico de la revolución eran evidencia de su éxito y, por otra parte, a un nivel de aceptación ideológica más amplio, la presencia del líder máximo, que encarnaba estos logros como su artífice, legitimaba por sí mismo los experimentos políticos más audaces, aunque sus consecuencias fueran poco afortunadas y

estuvieran alejadas de sus fines originales. Pero a partir de 1970, pasado el auge de los movimientos de masa de la Revolución Cultural, empezaron a sentirse las consecuencias de la represión institucionalizada en el ámbito de la economía, de la educación y en las resentidas estructuras del partido. Después de la muerte de Mao Zedong y de Zhou Enlai en 1976, el siguiente reacomodo político en la cúspide del poder culminó en la salida de los líderes responsables del radical experimento de la Revolución Cultural y en el ascenso de sus víctimas. Ya en el poder, el nuevo liderazgo, aún en proceso de consolidación, ha planteado un movimiento de reforma y buscado otras fuentes de legitimidad en el desarrollo económico que eleve el nivel de vida de la población, y la modernización práctica del aparato político, lo cual implica separación de funciones, eficiencia, profesionalización y un mayor grado de participación política.

En el proceso de reformas iniciado en China a partir de 1979, las que se han puesto en práctica con mayor éxito han sido las del ámbito económico. En términos generales se ha tratado de incorporar las fuerzas del mercado como elemento regulador frente a la planificación centralizada. Asimismo, se ha intentado descentralizar la toma de decisiones, dar mayor libertad a los directores de fábricas, impulsar la industria de bienes de consumo y elevar la productividad del trabajador ligándola a la remuneración. En el campo se instituyó el sistema de responsabilidad familiar, para que cada familia contrae con la entidad correspondiente su cuota de producción; de haber un excedente, cada familia podrá disponer libremente de él, por lo general para venderlo en los mercados libres. Esta reforma se llevó a cabo paralelamente con el desmantelamiento del sistema de la comuna. En general, tanto en el campo como en la ciudad se han estimulado las actividades económicas privadas y el enriquecimiento individual. En cuanto a las relaciones con el exterior, la tónica ha sido la apertura y particularmente la aceptación de inversiones extranjeras directas. La política económica en el campo llevó a que los agricultores tendieran en una primera instancia a preferir el cultivo de productos de elevado precio en detrimento de los cereales, pero se introdujeron correctivos en este sentido.

Los resultados de las reformas económicas no se hicieron esperar. Se logró un aumento considerable en la producción de casi todos los rubros y se elevó el nivel general de vida; los mercados libres comenzaron a abastecer productos escasos, aunque a precios elevados; proliferaron los servicios en manos privadas y se reactivó el pequeño comercio privado, dando lugar a la aparición de un nuevo estrato social que, aunque pequeño, ya empieza a dejarse sentir. Por otra parte, las inversiones extranjeras comenzaron a llegar, aunque no al ritmo que se esperaba. El surgimiento de la producción privada y el estímulo de la economía mercantil implicó necesariamente el inicio de la liberación de los precios de los bienes de consumo que por muchos años se habían mantenido estables. Esto lógicamente creó descontento en las ciudades, donde el nivel de ingresos no había subido en la misma medida que en el campo, particularmente a partir de 1985, cuando la reforma de precios alcanzó al consumidor de las ciudades y la inflación, fenómeno desconocido en China, llegó a 12%.

Las políticas de descentralización de la toma de decisiones en la economía no han sido acogidas en forma unánime por la burocracia central. Esta, aunque renovada en edad y en educación, se ha formado en un estilo centralista y además ve amenazada su fuente de poder: el control de la toma de decisiones. Este freno político a las reformas económicas parece que ha acelerado la discusión sobre la reforma del sistema político en 1986. Ésta ya había sido planteada en China; Deng Xiaoping señalaba en un discurso del 18 de agosto de 1980 que los problemas a que se enfrentaban el partido y el Estado eran el burocratismo, la centralización excesiva de poderes, las prácticas patriarcales, el sistema de cargos dirigentes vitalicios y los privilegios de los líderes políticos.<sup>1</sup> De hecho, tanto la reforma de los estatutos del partido como de la Constitución en 1982 fueron los tímidos primeros pasos hacia la solución de estos problemas.

Hasta ahora no se puede hablar de que se haya puesto en práctica una verdadera reforma política, como ha ocurrido en

<sup>1</sup> Deng Xiaoping, "La reforma del sistema de dirección del Partido y del Estado" (18 de agosto de 1980), en *Textos escogidos 1975-1982*, Beijing, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1984, pp. 343-369.

otros ámbitos, pues lo que se ha hecho tan sólo es tomar algunas medidas, por ejemplo, introducir un sistema de jubilación para funcionarios, impedir que un solo individuo ocupe varios cargos dirigentes, relevar cuadros ancianos por personas de edades medias, disminuir efectivos en la burocracia y tender a emplear personas más calificadas. Sin embargo, no hay que perder de vista que todas estas medidas eran imprescindibles para depurar en cierta forma a la burocracia de opositores a las reformas. Al parecer, el sector reformista de la dirigencia china ha estado aplazando la reforma política; en ello ha desempeñado un papel crucial un sector que está en desacuerdo con las políticas más radicales de las reformas y con el relajamiento de la disciplina política y el rigor ideológico. Probablemente los reformistas esperaban que los éxitos económicos de las reformas confirieran legitimidad a su política; sin embargo, algunos problemas surgidos en este ámbito dieron argumentos a los sectores partidarios de la planificación central para criticar la celeridad del proceso. Chen Yun, líder de esta corriente junto con Peng Zhen, ha criticado el descuido de la producción cerealera; también han salido a la luz pública casos de corrupción administrativa y nepotismo. Por otra parte, la esperada importación de tecnología y capitales no ha tenido los resultados deseados; por ello gran parte de la producción de las zonas económicas especiales, que se pretendía vender en el mercado internacional, no es competitiva y se ha tenido que distribuir internamente. Otros argumentos que fortalecen el freno de la reforma económica son el aumento de la deuda externa, la cual ya sobrepasa los 20 000 millones de dólares, el déficit comercial y el aumento de precios al consumidor.

Desde el ascenso de los reformistas a puestos clave en el poder y la expulsión de los principales radicales de la Revolución Cultural, en China se ha experimentado cierto relajamiento en el control estricto de los intelectuales. Sin embargo, es claro que tanto por razones de coyuntura como de los límites del sistema político, persiste cierto control. Desde el principio del cambio de liderazgo, no se dejó esperar una exaltada demanda de democracia y participación entre jóvenes obreros e intelectuales. Esta primera demanda de participación po-

lítica en 1979 fue más allá de lo que podía tolerar la dirigencia reformista china en ese momento no consolidada. El 16 de enero de 1980 Deng Xiaoping alertaba ante una reunión de cuadros: “No pensemos que tales tendencias no vayan a desembocar en desórdenes y, por consiguiente, que podamos dormir a pierna suelta. Una ínfima minoría de personas puede echar a pique nuestra gran causa”. Además, calificó a los participantes en el movimiento como sedicentes “demócratas” y criminales; les atribuyó contactos con fuerzas extranjeras y se preguntaba “¿cuándo hemos dicho que debemos tolerar las actividades de los contrarrevolucionarios y saboteadores de toda laya? ¿Cuándo hemos dicho que debemos suprimir la dictadura del proletariado?”<sup>2</sup>

Evidentemente la espontaneidad del movimiento, lo reciente de la Revolución Cultural y la falta de consolidación de la dirigencia reformista provocaron el catastrófico fracaso del movimiento. No obstante, con la consolidación de los reformistas a partir de 1982 como una política desde arriba, se retomó la consigna de “que florezcan cien flores y que compitan cien escuelas de pensamiento” y se prometió a los intelectuales una mayor libertad de creación y de expresión. Lógicamente hubo un auge en el tratamiento de temas que antes eran tabú en la literatura y el cine. Paralelamente científicos, periodistas y otros intelectuales empezaron a debatir sobre autoritarismo, alienación, dogmatismo, democracia, relaciones con el exterior y nuevas corrientes de pensamiento y los efectos de todo esto sobre la ansiada modernización de la ciencia y la educación en China. Entre 1983 y 1984 la llamada campaña contra la “contaminación espiritual”, desatada por el ala de la planificación central en el poder, afectó también a este movimiento, pero la campaña también incluía la corrupción administrativa, el relajamiento de las costumbres y otros males que se identificaron como consecuencia directa de la penetración de ideas y prácticas burguesas, producto de la política de puertas abiertas; por ello no se desató una purga contra intelectuales en ese momento.

<sup>2</sup> Deng Xiaoping, “La actual situación y nuestras tareas” (16 de enero de 1980), *op. cit.*, pp. 268 y 271.

En 1986 las pugnas en el poder eran más claras y los problemas mencionados aumentaron las críticas al radicalismo de las reformas. En esta situación, parece que los reformistas pretendieron acelerar la reforma política con miras a institucionalizarlas, en el XIII congreso del partido en octubre de 1987. A principios de noviembre de 1986 se realizó en Beijing un simposio sobre teoría de la reforma de la estructura política. En ese simposio se llegó a las siguientes conclusiones:

1. El progreso de la reforma de la estructura económica ha creado las condiciones para la reforma de la estructura política.
2. Ambas reformas tienen que llevarse a cabo conjuntamente. Una implica a la otra.
3. La contradicción inherente entre el sistema político excesivamente centralizado y la economía mercantil es la fuerza motriz de la actual reforma política.

Según se concluyó en ese simposio, la reforma económica demanda las siguientes medidas:

1. Que se reforme el sistema centralizado y la relación entre el gobierno central y los gobiernos locales.
2. Descentralizar la administración de los cuadros.
3. Perfeccionar el sistema de Asamblea Popular y fortalecer el sistema legal.
4. Favorecer la competencia para las funciones políticas.

En general el simposio dirigió sus proposiciones hasta apearse aún más a la Constitución, hacia la descentralización y hacia la crítica del monopolio del Partido.<sup>3</sup>

Por otra parte, en ese mismo año en la prensa china aparecieron abiertas críticas de los intelectuales al centralismo del sistema político. Dentro de este marco, entre diciembre de 1986 y enero de 1987 en varias de las más importantes ciudades se llevaron a cabo manifestaciones estudiantiles que pedían democracia, participación política y criticaban el sistema de asignación de cargos y los privilegios. A pesar de que, como declaró

<sup>3</sup> *Beijing Informa*, núm. 46, 1986, pp. 15-16.

He Donchang, subdirector de la Comisión Estatal de Educación, sólo un poco más del 1% de los dos millones de estudiantes universitarios de China tomó parte en las manifestaciones, la conmoción creada por este movimiento fue el catalizador que provocó la renuncia del secretario general del partido, Hu Yaobang, el 16 de enero. Su cargo fue ocupado de manera provisional por el primer ministro Zhao Ziyang. La caída de Hu estuvo precedida por la crítica, la destitución y la expulsión del partido del astrofísico Feng Lizhi, vicerrector de la Universidad de Ciencia y Tecnología de Hefei; de Liu Binyan, vicepresidente de la Federación de Escritores de China y de Wang Ruohuang, escritor de Shanghai. También fue destituido Guang Weiyang, rector de la Universidad de Ciencia y Tecnología de Hefei por permitir las actividades de Feng. Estos intelectuales habían mantenido una posición independiente y crítica de las políticas del partido; sus escritos y entrevistas habían tenido cierta difusión, particularmente en 1986. Todo ello ha provocado un movimiento de crítica en contra de la "liberalización burguesa" la cual, aunque se ha dicho que es limitada, ha causado la oposición y destitución de más funcionarios, como Zhu Houzhe, jefe de propaganda del partido, que fue removido el 14 de febrero. Igualmente se han cerrado algunas revistas, incluyendo dos de la zona económica de Shenzhen. Sin embargo, hay que aclarar que hasta el momento ni el alcance, ni la tónica, ni los métodos de la crítica tienen las mismas características de la Revolución Cultural. Esto podría explicarse como un avance de la autoconfianza de toda la dirigencia en su sistema político, o probablemente esto pueda deberse a que la liberalización de la crítica entre los intelectuales todavía goza del apoyo de los líderes reformistas, que ocupan los puestos clave del poder. Lo cierto es que los políticos e intelectuales recientemente criticados no han sido sometidos al escarnio público. Hu Yaobang fue criticado e hizo autocrítica en el sentido de no tomar en cuenta el liderazgo colectivo, renunció a su cargo de Secretario General, pero no así al partido ni a su puesto en el Buró Político. En su calidad de miembro del comité permanente del Buró Político e incluso ha hecho apariciones públicas al lado de Deng Xiaoping y de Zhao Ziyang. A Feng Lizhi, tras de su expulsión

del partido y de la Universidad, le dieron un cargo de investigación en el observatorio de Beijing, continúa como miembro de la Asamblea General de la Academia de Ciencias y asiste a conferencias académicas públicas. Liu Binyan y Wang Ruowang también han aparecido en público en actividades culturales. Guan Weiyan se conserva como miembro de la Asamblea General de la Academia de Ciencias y es vicepresidente del Comité Académico del Instituto de Física.

Todo parece indicar que las diferencias existentes entre el liderazgo chino han hecho crisis y que se libra una lucha entre las diversas tendencias en el poder. Éste es un momento importante por cuanto la situación que prevalezca tendrá un elemento de consolidación en el XIII congreso del partido que se celebrará probablemente en octubre de este año. Aunque el actual liderazgo chino cuente con la plataforma común que le proporciona su condición de víctima de la Revolución Cultural, su pertenencia al partido comunista y la convicción de que el sistema económico y político que operaba hasta 1976 requería de ciertas reformas, hay claras evidencias de que existen diferencias con respecto al enfoque de ciertos problemas fundamentales. Sin embargo, resulta difícil delinear en detalle los diversos grupos y tendencias debido a que, como régimen unipartidista cerrado, los políticos siempre tratan de ofrecer una posición monolítica parafraseando al líder más poderoso del momento. En términos muy generales podríamos diferenciar dos tendencias básicas, una, a la que hemos llamado reformista, encabezada por Deng Xiaoping, y la de la planificación centralizada, dirigida por Chen Yun. Ideológicamente la primera, aunque afirma su vocación marxista-leninista, tiene criterios más amplios en la aplicación de sus principios; sus líderes tienden a promover la separación de funciones entre el estado y el partido y la no intervención de éste en las empresas económicas; son, además, los abanderados de una economía socialista de mercado. Deng Xiaoping, actual hombre fuerte de China, ha tratado de desempeñar el papel de árbitro entre las dos tendencias, tal como lo hizo Mao en su tiempo. Así, uno de los resultados que puede dejar la actual crisis política en China es la definición más clara del papel de Deng. Jerárquicamente, en una segunda línea de poder dentro de la ten-

dencia reformista está Hu Yaobang, el destituido secretario general del partido, cuya base política está en la Liga de la Juventud Comunista. Hu es un ejemplo de líder ascendido a la sombra de Deng. Al contrario, también está Zhao Ziyang, cuyo trabajo de pionero de la reforma económica en Sichuan le ha merecido gran reconocimiento y base política entre los tecnócratas. Y en la tercera línea de esta tendencia pueden identificarse a Hu Qili, Tian Jiyun, Wan Li y Qiao Shi.

La tendencia de la planificación central esgrime una mayor pureza ideológica marxista-leninista, y promueve el fortalecimiento del control del partido sobre el Estado y los asuntos económicos; para sus líderes, la economía de China debe funcionar básicamente bajo un sistema de planificación centralizada; ellos ven con desconfianza la propaganda sobre el enriquecimiento individual. El líder más importante de esta tendencia es Chen Yun; en un segundo orden de jerarquía estarían Peng Zhen y Li Xiannian; en una tercera línea está Li Peng, presidente de la poderosa Comisión Central de Educación, a quien se ha tachado de pro-soviético por su formación y se le ha identificado como probable sucesor de Zhao Ziyang si su tendencia cobra más fuerza; en esta misma tercera línea también puede identificarse a Yao Yilin, Hu Qiaomu y Deng Liqun.

Dado el carácter del sistema político en China también se han identificado grupos de presión funcionales por la actividad a la que están vinculados, el más importante de los cuales es el ejército. Por ello no es gratuito que Deng Xiaoping trate de ejercer influencia sobre éste en su calidad de presidente de la Comisión Militar del Comité Central y no es descartable la hipótesis de que en la caída de Hu Yaobang el ejército haya tenido un papel importante, ya que al parecer Hu no cuenta con su simpatía. Además, entre las reformas planteadas estaba la de disminuir en 25%, es decir, en un millón, los efectivos del ejército.

Hasta ahora, la caída de Hu Yaobang y la crítica a la llamada "liberalización burguesa" parece que han dado la preeminencia al grupo de la planificación central. En la prensa china han proliferado los artículos firmados tanto por políticos como por intelectuales en los que justifican la necesidad de for-

ralecer la planificación centralizada, critican los excesos de la "liberalización burguesa" y la manera en que algunos intelectuales han entendido la política de "que florezcan cien flores y que compitan cien escuelas de pensamiento"; ahora se aclara que el marxismo no es una de las cien escuelas sino la guía bajo la cual cien escuelas pueden competir; es decir, su validez no puede discutirse. Sin embargo, una lectura detallada de la discusión sobre la validez del marxismo en China nos lleva a pensar que lo que se discute no es el marxismo como método de análisis histórico, sino que lo que han puesto en duda algunos intelectuales es la organización leninista del partido y su papel y las proposiciones stalinistas sobre el desarrollo socialista, ampliamente aplicadas en China.

La revolución china vive en estos momentos una etapa crucial. Se han logrado metas básicas, como la independencia nacional, la redistribución del ingreso, la dotación de servicios; se ha avanzado en la supresión de estructuras sociales tradicionales opresivas para la mujer y la juventud y se ha iniciado un proceso de desarrollo económico importante. Todo ello ha sido fuente de legitimación del régimen revolucionario. La actual dirigencia se enfrenta al reto de incorporar al sistema a una generación que ha crecido en esas condiciones y cuyas aspiraciones son más complejas. Sin duda el desarrollo económico y el incentivo de la prosperidad individual han ganado amplio apoyo para el régimen, pero éstos no son elementos aislados y tal parece que el régimen no está dispuesto a aceptar las consecuencias políticas y sociales que ello acarrea. Quizás en la aplicación de esta política hayan tenido una confianza excesiva en las políticas voluntaristas. Por otra parte, los reformistas no han podido presentar un modelo coherente sobre las reformas, pues aunque se han dictado algunas medidas, fundamentalmente en el sector económico y en menor extensión en educación y en política, aún no es claro hacia qué formación económica y social apuntan las reformas. Este vacío se ha tratado de llenar reiterando la "persistencia en el camino socialista"; empero, éste ha sido el mismo objetivo de las diversas y contradictorias políticas que se han aplicado en China desde 1949. Las consignas con las que se pretende convencer a la población de las ventajas de las reformas son las

que el propio partido había condenado antes como capitalistas, por ejemplo el lucro personal. Estas políticas evidentemente contradictorias formuladas por un mismo partido, que además pretende dar una imagen de ser monolítico y explica los cambios de una manera maniquea, han traído el descrédito de la actividad política entre amplios sectores de la juventud china, que tiende a ver aquélla con desconfianza y a sacar el mejor provecho de cada situación. Ha disminuido considerablemente el idealismo revolucionario del discurso, quizás porque ha perdido la eficacia del pasado. Por otro lado, es probable que otros sectores de la sociedad comiencen a hacer demandas que compliquen el panorama político en China. Esos sectores serían el pequeño estrato que, en virtud de la liberalización económica, ha adquirido cierta capacidad financiera, así como el amplio sector de la población campesina afectado por la ruptura de su otrora seguro tazón de arroz.

Ante tal situación, es posible vislumbrar que en China los cambios están ya planteados y continuarán en el plano económico en lo fundamental, pero la reforma política, tal como se ha formulado, constituye una verdadera revolución si tomamos en cuenta que implicaría arrebatarle a la burocracia central su principal base de poder; sin embargo, ésta ha demostrado que se ha convertido en un actor político muy importante, en muchos casos por encima del partido y en estrecha relación con el ejército. Ello no significa que en el futuro no se amplíen las libertades de expresión de los intelectuales; lo que ha sucedido es que hasta ahora una parte importante del liderazgo chino no parece haber entendido que ese elemento de la llamada "democracia occidental" no es tan amenazante para ningún régimen como parece, pero quizás la apertura al exterior les haga percibir que la esencia del funcionamiento y de la supervivencia de esa "democracia" no es sino una ambigua tolerancia, donde las críticas y las proposiciones políticas de los intelectuales tienen cabida a cambio de que jamás se realicen.

México, 13 de mayo de 1987